

## LA ESCRITURA EN LIBERTAD DE TERESA DE ÁVILA

Rosa Navarro Durán

Teresa de Jesús escribe “con libertad”<sup>1</sup>, afirmación paradójica si tenemos en cuenta que a menudo dice que escribe lo que le mandan<sup>2</sup>. Teresa quita las barreras que podían establecerse entre escritor y lector en el texto. Sus límites no se los impone el tiempo. Sus muchas ocupaciones le alejan de la escritura. En ella dejará a veces constancia de su prisa: “escribo ésta —dice en carta al P. Jerónimo Gracián— tan apriesa que no podré decir lo que quisiera, que me vino una visita forzosa ya que la quería comenzar, y es muy anochecido y hanla de llevar al recuerdo...”<sup>3</sup> (en Toledo a 7 de diciembre de 1576). Incluso vemos, a través de su palabra, sus páginas escritas en espera de ser terminadas:

Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas y en tantos días —porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar— que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión. (*Vida*, XXXXIX, 17)

Es la obra en marcha, pero inagotable. Teresa plasma en ella el mismo curso del tiempo. A veces es el momento de su escribir y su reacción ante lo que escribe. Así en

<sup>1</sup> *Libro de la vida*, X, 8. Cito siempre los textos teresianos por la edición de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink de *Obras completas*, Madrid, B.A.C., 1977, 7ª edic., 1982.

<sup>2</sup> *Libro de la vida*, prólogo, XI, 6, etc.

<sup>3</sup> *Obras completas*, p. 823.

las séptimas *Moradas* anuncia unas comparaciones: "Quiéroos poner una comparación u dos", y tras ellas dice: "Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan; mas no sé otras" (II, 14). Su risa llena el presente desde el que escribe; otras veces lo hace —con gerundios— el asombro por la labor hecha en sus fundaciones:

Que ahora, que lo voy escribiendo, me estoy espantando y deseando que Nuestro Señor dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. (*Fundaciones*, XIII, 7)

El "ahora, que lo voy escribiendo" resuena en otras partes de su obra (*Vida*, V, 4; *Fundaciones*, VII, 1, etc.) Y en él se ve a sí misma y nos describe su sentir:

Es verdad, cierto, que me parece estoy con gran espanto llegando aquí y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. (*Vida*, V, 12)

El lector vive el instante de la creación literaria a través de la percepción de la escritura no sólo como sujeto sintiente, sino como ser que está escribiendo.

Pero su palabra nos lleva además al pasado escrito: "Ya crep he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí" (*Vida*, XXXI, 18). O abre un espacio narrativo hacia el futuro: "y esto jamás se olvide, quizá lo diré más veces, porque importa mucho" (*Vida*, XIII, 15).

Así ese tiempo limitado que pone freno a su fuerza de escritora se ve apresado en su propia obra, que es testimonio a su vez de esa intensidad. Parece que nunca se le debe resistir la página en blanco, porque su escritura recoge sólo parte de la materia que podría formarla. Teresa calla cosas diciendo que lo hace, selecciona parte de lo vivido como palabra escrita, nos deja a veces entrever lo mucho que podría contarnos.

Y llega al límite de la propia palabra, de lo comunicable y lo dice, pero no se resiste a intentarlo. Ya al final de su *Vida* cuenta:

Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé; mas quedó muy imprimido en mi alma. (XL, 9)

La fuerza de la escritura lucha contra la misma incapacidad que confiesa y consigue encontrar un camino posible para acercarse a expresar la visión que tuvo: "Parecióme, ya digo sin poder afirmarme en que vi nada, mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación".

El recurso retórico que expresa por excelencia lo inefable es la paradoja, pues tiene en sí misma la destrucción del sentido que aporta. Teresa recurre también a ella para señalar el límite de lo que no puede ni entenderse ni decirse:

Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada. (*Vida*, XXXIX, 22)

La escritura da palabras al propio Dios. La primera vez que le oye, su tono no puede ser más expeditivo: "Sírvenme tú a Mí y no te metas en eso" (*Vida*, XIX, 9). Así Víctor de la Concha afirma: "Nunca, en verdad, la literatura espiritual nos había hecho oírlo tan cercano"<sup>4</sup>.

Dios le anima como en la fundación de un convento en Burgos: "Ahora, Teresa, ten fuerte" (*Fundaciones*, XXXI, 25), o incluso le alaba una de las "comparaciones" que utiliza: "Buena comparación has hecho; mira no se te olvide para procurar mijorarte siempre" (*Vida*, XXXIX, 23).

No hay duda de que Teresa elimina barreras, rechaza límites. Su capacidad expresiva la secunda. Ahonda en el conocimiento del alma y nos da páginas bellísimas en donde intenta desnudarla: "¡Qué gran cosa es entender un alma!" dirá (*Vida*, XXIII, 17). Pero a la vez sabe dibujar espacios con técnica impresionista o describir dramáticamente escenas de peligro vividas. En su *Libro de las fundaciones* nos narra los trabajos que le causa la del convento de San José del Carmen en Sevilla. Llegan a Sevilla el jueves antes de la Santísima Trinidad, iban en carros, muy cubiertas; en las posadas toman "un aposento bueno o malo, como le había". Le da a Teresa "un día antes de Pascua de Espíritu Santo" una calentura muy fuerte, y el aposento que encuentra es de los malos. Así lo describe: "Fue darnos una camarilla a teja vana; ella no tenía ventana, y si se abría la puerta, toda se henchía de sol". Con pocas pinceladas vemos el volumen del cuartucho, las líneas, el calor que oprime, y aclara la Santa: "habéis de mirar, que no es como el de Castilla por allá, sino muy más importuno". Describe luego su reposo imposible:

Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo, porque era de unas partes tan alta y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar, porque parecía de piedras agudas. (XXIV, 8)

No hace falta más para que veamos esa cama infernal rematada por la última comparación "parecía de piedras agudas".

En seguida nos contará el peligro que pasaron al cruzar el Guadalquivir en barco:

Poco antes, no sé si dos días, nos acaeció otra cosa que nos puso en un poco de aprieto, pasando por un barco a Guadalquivir: que al tiempo de pasar los carros, no era posible por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer el río, aunque algo ayudaba la maroma, torciéndola también. Mas acertó a que la dejasen los que la tenían, u no sé cómo fue, que la barca iba sin maroma ni remos

<sup>4</sup> Estudio introductorio a la edición del *Libro de las fundaciones*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1991, p. 39.

con el carro. El barquero me hacía mucha más lástima verle tan fatigado, que no el peligro. Nosotras a rezar. Todos voces grandes. (XXIV, 10)

Acaba la descripción con breves oraciones nominales yuxtapuestas. Cambia el punto de vista: pasa de la primera persona del singular (su mirada), “me hacía mucha más lástima”, a la del plural, “nosotras” (ella y las otras monjas) y cierra con la tercera, “todos”, que incluye a más personajes. La escena la ve primero desde dentro y luego, alejándose de ella, con un dinamismo extraordinario.

A veces ella misma aparece como objeto de su mirada, y otras de los demás. Como dice Américo Castro, su obra es “una biografía y una autobiografía simultáneas”<sup>5</sup>.

Sabemos por ella de su gusto —pasión— por la lectura, incluso confesada como una falta por el género que la cautivaba. Fue precisamente su madre (que murió cuando ella tenía catorce años) la aficionada a leer libros de caballerías, y por ella comenzó Teresa a leerlos, ocultándose de su padre. Nos dice cómo gastaba “muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio”, y añade: “Era tan extremo lo que en esto me embecía que si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento” (II, 1).

Santa Teresa se atreve a lamentarse de la prohibición de libros por el índice de 1559 del inquisidor Valdés: “Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya por dejarlos en latín” (XXVI, 6).

El libro es para santa Teresa, en años de lucha con sus pensamientos (“de trabajo y sequedades” dirá ella), escudo y compañía:

Con este remedio (el libro), que era como una compañía y escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego disbaratada el alma, y los pensamientos perdidos; con esto comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. (IV, 9)

En este pasaje se ve perfectamente la capacidad expresiva de Teresa, es un prodigio de autoanálisis y de traducción a palabras de un complejo estado anímico. Como centro, el libro y la fuerza que en él ponía la santa.

En otros momentos de su obra, la vemos temerosa de que crean que se tiene por sabia (Vida, XXVIII, 17), por eso insiste una y otra vez en su ruindad, en su imperfección, en ser mujer flaca y no letuada. Se acusa por su atrevimiento en “escribir en cosas tan subidas” (Vida, XL, 24), pero rechaza una imagen que puede dar en un momento de su tarea de fundación: ser vana y mudable, “cosa que yo aborrezco mucho” (XXXIX, 19). Su ruindad tan encarecida es un recurso de *captatio benevolentiae*, y ella

<sup>5</sup> Teresa la Santa y otros ensayos, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 31.

misma se encarga de precisar su figura moral:

No era inclinada a mormurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener. (Vida, XXXII, 7)

Pero sabe muy bien su atrevimiento y busca la única protección posible. Dios es su escudo, ella es “esta hormiguilla que el Señor quiere que hable” (Vida, XXXI, 21), no se amedrenta ante la atmósfera de presión que la rodea. Las dificultades las ve como obstáculos creados por el demonio, y Dios la anima a enfrentarse con ellas y a vencer. Teresa de Ávila, que goza en dar contento a los demás y en sentirse querida, se ve malquista en su convento en cuanto pretende llevar a cabo su primera fundación, amenazada con denuncias a la Inquisición. Su palabra, con su enorme capacidad sugeridora, nos pinta el ambiente negativo que levanta su decisión:

No se hubo comenzado a saber por el lugar cuando no se podrá escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras: los dichos, las risas, el decir que era disbarate. (XXXII, 14)

Se oyen esas risas, las burlas, las murmuraciones. Encaja muy bien entonces la imagen que nos da a sí misma en otro momento de sus fundaciones:

Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. (II, 6)

Pero su ánimo no desfallecería nunca, y su obra continuó. Años después el nuncio Segá hablará de Teresa al P. Juan de Jesús como “fémina inquieta, andariega, desobediente y contumaz”<sup>6</sup>. Y ella se entera, como se lo dice al P. Pablo Hernández en carta fechada el cuatro de octubre de 1578: “De mí le dicen que soy una vagamunda y inquieta, y que los monesterios que he hecho ha sido sin licencia del papa ni del general”<sup>7</sup>.

No se arredra ante esos juicios negativos, pero a ella le gusta ser querida y dar contento a los demás. Nos dice al comienzo del *Libro de la vida* cómo “era la más querida” de su padre (I, 3). Cuenta cómo, al entrar en el convento, consigue hacerse querer en muy poco tiempo: “Traía un desasosiego que en ocho días, y aun creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia: en dar contento adonde quiera que estuviese, y ansí era muy querida” (II, 8). O cómo le lee a un tío suyo, hermano de su padre, para darle gusto aunque no le complazcan los libros escogidos:

<sup>6</sup> Nota 4 a la carta 254, *Obras completas*, p. 935.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p.935.

Hácmame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porq̄ue en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. (III, 4)

Es innegable la eficacia extraordinaria de su lenguaje, tan cercano a sus interlocutoras no letradas.

San Juan de la Cruz no sigue en sus poemas mayores ningún código literario de su época, los mezcla con absoluta originalidad y alcanza las cimas de la belleza poética<sup>8</sup>. Dios es la autoridad que le permite escribir poemas incomprensibles, que no siguen un único modelo literario, sino que tienen elementos de varios. Santa Teresa, que conoce por sus lecturas el lenguaje utilizado para la materia de que trata, lo rechaza porque ella quiere ante todo que la entiendan. En las cuartas *Moradas* dirá a sus lectoras:

Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sube sobre sí. Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sola para mí (III, 2)

Si llamándose mujer flaca y ruin, ha emprendido una tarea titánica de fundaciones, llena de dificultades por todas partes y de todos órdenes, ella, que se presenta como no letrada, confía plenamente en la eficacia de su lenguaje en libertad.

Lo paradójico es que consigue deslumbrarnos con su escritura insólita, sin límites, porque es mujer y puede, por tanto, no ser docta, puede apartarse del modelo literario de su época.

Lope de Vega en su diálogo con "Marcia Leonarda" entreverado en su novela *Las fortunas de Diana* corta el relato con una larga digresión y dice: "Atrévome a vuestra merced con lo que se me viene a la pluma, porque sé que, como no ha estudiado retórica, no sabrá cuánto en ella se reprehenden las digresiones largas"<sup>9</sup>.

Teresa se atreve "con lo que se le viene a la pluma" porque no tiene que ser docta, sino todo lo contrario. Mientras el escritor debía hacer alarde de sus conocimientos, ella podía no tenerlos. No escribía para dignificar la lengua, sólo para que la riqueza espiritual que atesoraba pudiese ser patrimonio común. Menéndez Pidal ya subrayó cómo su originalidad estaba al servicio de su "sinceridad y exactitud", no al "lucimiento literario"<sup>10</sup>.

Entre las páginas del *Libro de la vida* asoma la verdad:

Preguntábanme algunas cosas: yo respondía con llaneza y descuido. Luego les parecía los quería enseñar, y que me tenía por sabia. (XXVIII, 17)

A pesar de su "llaneza y descuido" al responder, creían que se hacía la docta. "Mujercilla ruin y flaca", escribirá como le corresponde, con llaneza y descuido. En nombre de la verdad escribe unas páginas bellísimas, y sin buscar procedimientos retóricos los encuentra. Dice en su *Vida* acumulando figuras: "Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía sino que peleaba con una sombra de muerte y no había quien me diese vida" (VIII, 13). Cuando recurre al mito del Ave Fénix, tantas veces evocado por los escritores, doctos, ella se excusa al decir "sigún he leído", distanciándose de ese rasgo de cultura, y además se apoya en las palabras del propio Dios que le aplaude tal comparación, como antes dije (XXXIX, 23). Dios es el escudo de la escritura cuando hace tímidamente una pequeña incursión en el territorio de los doctos. Teresa no quiere entrar en este coto vedado, su lenguaje no tiene límites.

<sup>8</sup> Vid. mi artículo "A modo de la fe: poesía sin código", *Syntaxis*, nº 26 (1991), pp. 5-10.

<sup>9</sup> *Novelas a Marcia Leonarda*, edic. de F. Rico, Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 61.

<sup>10</sup> "El estilo de Santa Teresa", en *La lengua de Cristóbal Colón, El estilo de Santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XVI*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 5ª ed., 1968, p. 139.